

Elizabeth

Yanetsy Ariste



Elizabeth

Yanetsy Ariste

Capítulo 1

El prelude del fin

Atontado por el láudano, no imaginaba que aquella fría mañana de marzo de 1855, mi vida cambiaría.

Como era costumbre, a las 7 y 45 bebía té negro frente a la ventana de mi estudio. Real Valley amanecía nevado. La calle era una puesta Nob, sin color.

Recuerdo nítidamente, el humo de la infusión precipitándose en hilos finos sobre las figuras desdibujadas de los transeúntes. Especulaba la vida secreta de cada uno de ellos.

El señor calvo, con el abrigo de grandes bolsillos y bastón esmaltado, era de clase media, probablemente divorciado, con deudas de ex esposas y al menos, seis hijos que no tendrían el dinero para sus colegiaturas... La madame de los guantes de algodón rosa, tenía un affaire con el burgués panzón del Colegio de Médicos... Al boletero, que apostaba las ganancias del día en harapos, pronto lo mataría el frío o la hambruna...

Eso ocurría afuera; el interior era menos gris. Tenía tres cuadros empezados, uno de ellos en caballete, el resto en bastidores amontonados al costado del closet de caoba nigeriana donde guardaba mis libros y los abrigos de piel. La entrada de mi estudio, daba a un pasillo angosto pero extenso, con un destop pequeño muy cerca de la puerta y una percha para los paraguas y los sombreros de los pocos amigos que me visitaban.

Pintaba en el living room; el bedroom solo tenía una gran cama desordenada, con sábanas de seda india y el reducido toilette, una bañera turca –excéntrica- con incrustaciones de mosaicos cerámicos que detallaban pasajes de las mil y una noches. Las tres habitaciones desembocaban al pasillo.

No colgaba cuadros, al menos ninguno mío. Trabajaba muchas veces por encargo y las piezas iban a parar a las manos de los mecenas. Los lienzos que conservé permanecían en casa, lejos de mi censura, de lo contrario terminaba por destrozarlos.

Deverrell, cinco años atrás, había perdido un dibujo al carbón, apostando a las cartas conmigo. Un retrato de Mrs. Larris Le`Fergunnier, un millonario que mendigaba en las calles de París a finales del pasado siglo. El propio Deverrell y todo París, desconocían la verdadera identidad del personaje. El desaliño, los enormes ojos tristes y la apenas esbozada

sonrisa del Le` Fergunnier mendigo, me intrigaron tanto, que en efecto, es el único cuadro que decidí colgar en las paredes de mi estudio. Lo hice para recordar que las personas pueden sorprenderte siempre, no importa cuánto pienses que las conoces.

. Pude comprar un estudio más moderno, pero finalmente, agradecí mi elección por el tradicional estilo Luis XVI; ya que el gran formato de la ventana suplía mis expectativas artísticas para la luz natural; sus laboriosos ribetes y ménsulas labradas en los marcos de madera, me daban igual.

Después del té, corrí el butacón frente al caballete. La leontina indicó un minuto para las ocho, así que ultimé el estado de los pinceles y los óleos que había seleccionado. Llamaron a la puerta. Me apresuré a abrir.

Capítulo 2

Encuentro en la calle Real Valley No. 456

- ¿Sr. Rosetti? - asentí, Soy Elizabeth... Srta. Elizabeth Siddall- me extendió la delgada mano enguantada. Juro que en ese momento paró la nevada y los últimos copos cayeron sobre sus crespos rojos.

-Pensé que se llamaba Viola- por supuesto, me refería al retrato homónimo de mi amigo Deverell, para el que ella había posado antes. Sonrió. La hice pasar y le señalé la silla. Allí puso el chal y los guantes bordados - ¿Tiene otro trabajo? - agregué.

-Sí, en Leicester Square, vendo sombreros en Cranbourne Alley...pero es solo media jornada, puedo venir todos los días si usted gusta.

-Bien. Desnúdese, por favor.

-Lo siento, ...no hago desnudo – dijo avergonzada.

-¡Le pago el doble! –hizo un gesto de negación-

-Lo siento, no podrá persuadirme.

No es habitual que una modelo, con cierta experiencia de trabajo con artistas, se rehúse a posar desnuda. Sin embargo, acepté.

- por favor, entonces quédese en enagua-

Asintió y comenzó a despojarse del sencillo vestido de lino. Pensé ayudarla con el corsé, toda mujer tiene dificultades para quitárselo y yo he alcanzado maestría en esos menesteres; pero la dama se lo retiró sin ayuda en cuestiones de segundos. Noté que en sus medias tenía bordado sus iniciales con delicado hilo.

-Puede llamarme Dante...Por favor recuéstese para poder pintarla... Relájese... ¿Cómoda? - afirma-

Ya frente al lienzo, la detallé... Era ella justo como mi hermano William la describiría tiempo después: una de las criaturas más bellas, con un aire entre dignidad y dulzura, con algo que excedía la modestia y la autoestima y poseía una desdeñosa reserva. Su piel me recordaba los destellos de las catedrales góticas. Tenía un grueso y abundante cabello oro-cobrizo; pero fueron sus perturbadores ojos redondos verde-azulados,

en los que zozobré.

-¿Escribe usted?- interrumpió mi ensimismamiento. Me percaté que observaba desde la distancia del butacón, el cúmulo de papeles sobre la mesa de la esquina y las ediciones únicas de Joyce.

-Sí.

- No fui al colegio, mis padres me educaron- continuó- Mi madre Eleonor, era una mujer humilde, pero mi padre, Charles, declaraba que los Siddall descendían de la nobleza... cuestión que a mí nunca me interesó. La primera vez que me sentí atrapada por la literatura, fue en la cocina de mi casa.

- ¿En la cocina?

-Sí, encontré en un periódico que se había utilizado para envolver un trozo de mantequilla un poema de Alfred Tennyson: Ulises. ¿Lo conoce?... Supongo ahí quedé prendada de la poesía.

- Me parezco mucho a ese Ulises condenado al Infierno- dije para cautivarla, con la idea de hacer una cita textual. En cambio, ella me miró con algo de compasión. Entonces, pronuncié un fragmento de uno de mis poemas, sin entorpecer el trabajo con el pincel y la paleta.

-Yo estuve aquí antes / no sé decir cómo y cuándo: / conozco el prado detrás de la puerta / el dulce aroma penetrante / los sonidos susurrantes / las luces a lo largo de la costa. Sus tristes ojos rotundos se clavaron en cada uno de mis versos... continué, por orgullo y por el placer de seducirla... Tú has sido mía antes/ no sé decir hace cuánto / pero apenas esa golondrina remontó/ y giró tu cuello, algún velo cayó / y lo supe al instante.

Entonces me sorprendió con otros versos cargados de hermetismo y privación:

-Deja que me sienta en tu sombra más oscura / mientras los grises búhos vuelan sobre ti allí he de rogar tu bendición / no convertirme en una ilusión / no desvanecerme en un lento letargo. (...) Sólo puedo darte un corazón herido/ y unos ojos agotados por el dolor / una boca perdida no puede sonreír/ y tal vez ya nunca vuelva a reír.

En ese momento, perdí el rumbo. Quedé inmóvil ante su encanto, deslumbrado por su inteligencia y su misterio. Simulé un trazo sobre el lienzo, pero en realidad estaba petrificado ¿Quién era esa criatura, hermosa? ¿Un pájaro lastimado, preso? ¿Quién era la Srta. Elizabeth

Siddall?.....

Capítulo 3

Segundo encuentro

Estaba más entusiasmado que un niño pequeño por volverla a ver. Creo esa tarde hasta pasé por la plaza, para verla de lejos a través de la vitrina de la sombrería. Por supuesto no la vi y fue aún más desesperante mi noche. Larga como uno de los cuentos de Sherezada.

Pero al verle en mi puerta a las ocho, mi rostro se alumbró. Lo noté en el suyo, como un espejo. No sabía de qué tema hablar solo atiné a disculparme por el día anterior.

- Perdona usted mi insistencia en su desnudo. No quise ofenderla.

-Gracias. No es la primera vez que ocurre; y hasta entiendo su petición; conozco los principios de ustedes, los prerrafaelitas y no hubiese advertido en su interés otra actitud que no fuera el gusto por la naturaleza y sus formas.

- ¿Dice usted conocernos?

Sí, he trabajado antes para el Sr. Millais y el Sr. Madox Brown. También he leído las críticas del Sr. John Ruskin en el Lodon News.

- ¿incluso las más recientes críticas?

-sí, lo siento

-Así son los críticos. ¡Todos idiotas! (Perdone usted mi lenguaje) ...No pintan, pero se atreven a enjuiciar las obras de arte. Por eso, talentosos creadores como Gumägesh, Soriol, Verbanm, Tyos y muchos otros, son totalmente desconocidos... Pero usted no tiene culpa de mis rencillas sobre el asqueroso predio intelectual- procuré sosegar mi tono- no deseo importunarla con opiniones hostiles que no son de su interés.

-Si de algo sirve, puedo expresarle que no estoy de acuerdo con las palabras del Sr. Ruskin. Su cuadro Anunciación encierra un lirismo extrasensorial, casi divino y redentor, que contrasta con la virgen, quien lejos de alegar una imagen sacralizadora, ofrece una visión humana que la acerca al público.

-Señorita, prefiero sus palabras, que las de aquel insensato. Es usted culta y muy bella, empleando sus palabras: extrasensorialmente bella.

Me agradece con timidez y yo confirmé que mi galantería no me procuraría intimidad. No estaba acostumbrado. El resto de las modelos

llevan una vida más liberal. Mi Elizabeth – así comencé a llamarla en mi interior- no era como el resto.

A esas alturas, solo había logrado en el lienzo, un básico esbozo del perfil y la decisión sobre la gama de color. Estaba atrasado en el trabajo y se lo debía a la diosa que posaba frente a mí, en enaguas.

Soy un enamorado compulsivo. Me he enamorado con un buen porcentaje de las modelos que contrato. Las que no figuran dentro de la larga lista, han sido frutos detestables al paladar. Deverell tuvo razón al recomendármela, dijo que su belleza era virginal. Sus palabras prendieron la llama dentro de mí, pero al conocerla sentí que esa mujer era algo más...

Cuando el sol se elevó y cambió la iluminación que buscaba para mi obra. Debí despedirla.

-Eso es todo Srta. Sidall- le entregué su pago- ¿Podría venir mañana a la misma hora?

-Sí, Sr. Rosetti. Ha sido un placer.

Se vistió con la delicadeza de un ángel, mientras yo reacomodaba los muebles de la habitación. A su salida, la llamé:

- ¿Señorita?

Volteó su rostro para mirarme, la luz de la puerta abierta recubrió su silueta como un halo y encendió sus rizos de cobre sobre el profundo verde de su vestido.

-Sí, Sr. Rosetti.

- Sospecho que hoy es el primer día del resto de nuestras vidas.

Ella sonrió discreta y cerró la puerta.

Capítulo 4

La Mansión de los perdidos

Salí de casa con una buena parte del pago de Astarte Siryaca, la Anunciación que Ruskin había hecho pedazos en el London News. Quería agasajarme a pesar de la crítica y la mejor manera que encontré fue sucumbir a los más bajos placeres.

Mi destino era la mansión de Madame Mystic, un edificio barroco, con columnas de cariátides desnudas y amorcillos renacentistas en los frisos, que expelía un cautivador aroma a sándalo. Toqué la aldaba, era una sirena fundida en bronce, sonreí por la analogía: aquel portón era el umbral hacia la perdición: la seductora sirena que conducía a los hombres a su reino, para ahogarlos.

Me recibió una mujer hermosa, de aspecto formal y refinado. Madura en años, pero sensual como ninguna otra por el misterio del velo negro que siempre la cubría. Era Madame Mystic, la matrona de la casa, mujer intocable; se contaba que enviudó siendo muy joven y todavía guardaba luto.

-Buenas noches Sr. Rosetti. Es un placer recibirlo en casa

-Buenas noches madame. El placer es todo mío

-¿Qué desea esta noche, señor?

-Un pas de quatre, madame. De todos los sabores, por favor

-Sírvase usted mismo, señor – y me pasó a la sala de cosecha, como ella la llamaba. Una habitación lujosa, de profusas cortinas como un teatro y candelabros dorados; plantas trepadoras en las esquinas que le impregnaban un halito selvático al espacio. Una música oriental y un sacro aroma de incienso empantanaban la atmósfera.

Conté más de treinta mujeres reunidas en la habitación, vestidas cada una de acuerdo a su cultura de origen. Había africanas, libanesas, chinas, indias, americanas del trópico, rusas; todo un fabulario de féminas descollantes. Madame me convidó al licor de la casa. Descubrí al paladar un sabor a arándanos, un trago dulce pero altamente alcoholizado que podía derribar un toro si se consume despreocupadamente.

Una libanesa hacía acrobacias sobre una cinta colgada al techo. Tenía el rostro cubierto pero los senos expuestos al compás de las contorsiones.

Se enrollaba y subía; se desenrollaba y bajaba un poco más, con la cinta ceñida a su sexo.

Una nigeriana, ataviada con piel de tigre, sobre la cabeza, las muñecas, los tobillos y un cinturón con la cola del animal; permanecía dentro de una jaula de plata, como un ave felínica, sentada, con los pies abiertos. Se lamía uno de sus brazos y con el otro se azotaba el sexo con la cola.

Una geisha servía el té a un grupo de ninfas tropicales, que reían, murmuraban y volvían a reír como si contaran sucias indiscreciones, mientras se abanicaban la nuca, bajaban con sutileza las mangas de sus batas o las remangaban hasta sus firmes muslos bruñidos, para solapar el calor de la habitación cerrada.

En un rincón con suaves cojines multicolores, una india de tintineante contoneo, le enseñaba la danza del vientre a la rusa; mientras otra, de cabello corto, las miraba fumando puro.

Pensé en Botticelli, al menos una versión desacralizadamente exquisita de su Venus, cuando advertí a la pelirroja mojarse dentro de la concha; mientras otra, vertía agua caliente con aceite de jengibre. Un peu plus...un pleu plus...le suplicaba la dama bañada, con los labios entreabiertos, presionándose el vientre, introduciéndose el pico de una botella. Un peu plus...

-Quiero la nigeriana, la geisha y esta francesa, madame.

-¿Desea algún juguete?

-Um... sí, el cepo, por favor.

-Le serán servidos dentro de diez minutos en la tercera habitación, escaleras arriba.

-Gracias madame.

Y desapareció entre la nube de féminas que me prodigaron mimos mientras esperaba, en el sofá imperial del recibidor, acompañado de mi licor de arándanos.

Capítulo 5

Pas de quatre

La mansión solo recibía un cliente a la vez, para mantener en discreción las aventurillas de los caballeros. Sus usuarios eran los más excelsos burgueses y aristócratas. Por supuesto, solo un hombre rico podría pagar sus tarifas.

Mis tres deliciosos postres me esperaban en la habitación indicada. Ubí las escaleras al segundo piso, apoyándome en el fuerte alabastro de la baranda, el licor había comenzado a mellar mi perspectiva visual; pero i paso era firme. Soy un bebedor resistente.

La puerta estaba entreabierta. Dentro la gata nigeriana sonreía sentada sobre el cepo vacío, mientras la geisha y la francesa jugueteaban sobre el colchón imperial.

Me dejé caer en la suavidad del colchón y comenzamos a acariciarnos y a desnudarnos.

- Azótame- le pedí a la negra. Me encerraron en el cepo y sentí el primer latigazo como un plomo. Tenía mano dura la puta y no se medía. El miembro se me entiesaba con cada golpe, la francesita se encargaba de pulírmelo con su boca tibia mientras mi boca lamía y se restregaba en los senos de la geisha.

-Libérame- Reclamé cuando el ardor en la espalda comenzó a punzarme. Casi instantáneamente arremetí contra mi verdugo, agarrándola por el pelo y cogiéndola en cuatro puntos. La negra rugía y mordí su nuca como un felino.

-Ven querido, ensártame- me seducía la francesa con las piernas abiertas en mi cara- derríteme el coño. Tenía un clítoris rosa alargado y protuberante. Puedo jurar que olía a licor. Lo mordisqueé y se estremeció. le metí tres dedos y ni chistó, le metí mi pene y dos dedos y todavía pedía más aquel barril sin fondo. Le puse los pies en la cabeza y su sexo quedó más expuesto, creo le metí hasta los testículos. La asiática había comenzado a lamerme el culo como si fuese un caramelo, se puso detrás de mí como un hombre diminuto y me penetró con el cabo de la fusta. Yo exploté sobre el vientre de la pelirroja un tonel de semen.

...Esa noche me acerqué un poco más al infierno.

El coche aguardaba justo donde lo había dejado, en 20 minutos estaría en i estudio. Durante este tiempo y camino de regreso pasaron muchas cosas por mi mente. Mi cuerpo estaba relajado por la satisfacción de la carne, pero mi mente era un central azucarero. Pensaba en los encargos pendientes, en la deuda con Morris que se hacía cada vez mayor...y para mi sorpresa...en Elisabeth.

Me sentí inspirado y garabateé en mi pañuelo las palabras correctas dedicadas a ella...

Curioso, un hombre siempre sueña con la mujer que no tiene.

Capítulo 6

Lirios no, rosas

En el barrio obrero de RiverStone, una dama recibió intrigada un costoso arreglo.

-Elizabeth, mi niña, te han enviado estas rosas- dijo una mujer robusta de unos cuarenta años, embarrada con harina de pan.

- ¿Quién las envía, madre?

-Lee tú misma- le entrega el pequeño sobre- Las rosas son flores muy caras hija mía. ¿Quién es el caballero interesado?

- El Sr Rosetti, madre

- ¿El pintor?

- Sí

- Un hombre respetuoso regala lirios, un hombre pasional, regala rosas. Mesura, hija mía, esos "artistas" llevan una vida bohemia al margen de las buenas costumbres y la moral familiar.

- No se preocupe madre, es solo un gesto de consideración. Le agradeceré cuando vuelva a verlo y nada más.

- No sé, tengo una sensación extraña en mi interior, debe ser mi intuición de madre...Aunque necesitamos el dinero de tus dos trabajos, no quiero que te sientas amenazada por ningún "artistucho".

- Madre querida, no me siento amenazada, no se preocupe- abraza a su progenitora y la besa en la mejilla, para mitigarla- Soy una chica del Riverstone y sé cuidarme, aunque no lo parezca. (ambas sonríen con ternura). Además, el Sr. Rosetti no es un "artistucho" madre, y usted lo sabe. Sus cuadros están colgados en el palacio y los grandes pensadores de esta nación le han encargado retratos.

- Está bien- expresa su alivio- Vuelve a tus libros y lleva tus rosas. ¡Que tu padre no las vea! Porque a ese sí que no podrás convencerlo de las buenas intenciones del Sr. Rosetti. Yo seguiré haciendo al pan de la cena.

Elizabeth regresa a su cuarto iluminado, repleto de libros. Coloca las rosas en agua, sobre el tocador. Se recuesta entre los almohadones de su cama,

con los últimos textos de Joyce sobre el pecho y mira al tocador.

Recuerda las últimas palabras del Sr. Dante, al despedirla: "Hoy es el primer día del resto de nuestras vidas". Piensa en él. Es un hombre atractivo, de labios carnosos y barba trigueña. Fino, pero no empalagoso, más bien con estirpe de seductor y temerario.

Sería la primera vez que se interesa en alguien más que en los caballeros de las historias que lee. Por desgracia, ha escuchado algunas escandalosas historias sobre el Sr. Rossetti y sabe que frecuenta la casa de Madame Mystic.

¿Pero, qué hombre no lo hace? Así son todos. Quizás él no se había enamorado nunca, especuló.